

January 2000

La paz es un asunto del corazón

J. Alberto Silva Rivera

Universidad de La Salle, Bogotá, revista_uls@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Silva Rivera, J. A. (2000). La paz es un asunto del corazón. *Revista de la Universidad de La Salle*, (30), 43-50.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

La paz es un asunto del corazón

J. Alberto Silva Rivera
*Licenciado en Ciencias Religiosas y Magister en Docencia
Especialista en Filosofía de la Educación.
Coordinador Area de Formación Lasallista
Universidad de La Salle*

*"Aunque pase por quebradas oscuras, no temo ningún mal,
porque Tu estás conmigo con tu vara y tu bastón,
y al verlas voy sin miedo" (Salmo No.23,4)*

*"Bienaventurados los limpios de corazón,
porque ellos verán a Dios.
Bienaventurados los pacíficos,
porque ellos serán llamados hijos de Dios.
Bienaventurados los perseguidos por la justicia,
porque suyo es el reino de los cielos" (Mateo 4, 8-10)*

La paz está tan ligada con la formación humana y ésta con la escuela, por ello es necesario clarificar el sentido del término, para que el sentido de la acción que desde la escuela debe operarse para alcanzarla, sea inequívoco. Es conveniente iniciar haciendo un reconocimiento del tratamiento erróneo del tema en el ámbito escolar, la paz ha sido comprendida equívocamente al considerarla como un valor socio-cultural y esto en lugar de permitir lanzarnos a una verdadera tarea de construcción nos tiene postrados como una especie de lodazal en la que lo único que hacemos es patinar, pues terminamos creyendo que es asunto de todos y de nadie al mismo tiempo.

La propuesta de este artículo es que la paz toca lo educativo en cuanto tiene una responsabilidad en la conformación del sujeto político, en la formación o deformación del individuo como conciencia particular, como persona, y mirándola así debemos bajar el tono al discurso de la paz como el asunto sociológico y estatal para mirarla más en perspectiva individual y psicopedagógica, en nuestra responsabilidad formadora, la paz del estado es asunto de los gobernantes a ellos hay que hablarles pero no será en esta ocasión. El artículo se estructura en dos momentos el primero en la deconstrucción del concepto y luego una reconstrucción de una nueva concepción.

Si la paz de la escuela fuera una paz de corazón

Siempre hemos pensado y enseñado que la paz es un valor socio-cultural y lógicamente tenemos la propensión a dar solución y respuesta al problema de los conflictos desde esa corta interpretación. Es algo parecido a la posición que durante años tuvimos, en la que también nos equivocamos

de enseñar que el sexo era pecado porque era un tema moral.

El primer argumento que tengo para demostrar el equívoco es este: El valor en tanto símbolo evoca una realidad que tiene vigencia y se puede respaldar con la experiencia vital o colectiva. Y esto no ha ocurrido, ni ocurre, ni ocurrirá en nuestra cotidianidad.

La paz toca lo educativo en cuanto tiene una responsabilidad en la conformación del sujeto político, en la formación o deformación del individuo como conciencia particular, como persona, y mirándola así debemos bajar el tono al discurso de la paz como el asunto sociológico y estatal para mirarla más en perspectiva individual y psicopedagógica.

Históricamente Colombia siempre ha vivido de enfrentamiento en enfrentamiento, tan solo en este siglo que acaba de terminar hemos vivido en conflictos casi la totalidad del tiempo: la guerra de los mil días apenas iniciando el siglo, más adelante las guerras con el Perú, los conflictos armados de los años cincuenta, la aparición y lucha con los grupos guerrilleros como las F.A.R.C, el E.L.N, luego vinieron los duros días del totalitarismo de estado amparado por la ideología de la seguridad nacional en los que la clase intelectual del país fue duramente golpeada y perseguida. Los años ochenta y noventa fueron de exterminio de

campesinos, de jóvenes de las clases populares vestidos de soldados o de guerrilleros, quienes fueron a las fosas comunes con sicarios y asesinos a sueldo contratados por los narcotraficantes. Los más recientes invitados al banquete de sangre de nuestro

país son los delincuentes comunes que argumentando el desempleo y el hambre han sembrado el terror en la calle, el bus, el taxi, el centro comercial. Y los otros, los paramilitares quienes detrás del burladero de la guerrilla siguen asolando el campo para hacer más productiva la acumulación de tierras. Unos y otros en las noches y tras las sombras de doctores de maletín se acercan al mercader internacional de armas quien es el único que obtienen ganancias jugosas de nuestra realidad.

Frente a todo esto la respuesta a la pregunta acerca de ¿CUÁL ES NUESTRA EXPERIENCIA DE PAZ que convalide o sustente el valor?, ¿cuál es la prueba que puede llevar el maestro al aula? debemos contestar: No existe un día, no ha habido una semana que nos sirva de experiencia, prueba o argumento para decir que la PAZ es un valor al menos posible. La paz que nos han pintado especialmente los medios de comunicación es un cuento, una entelequia y una mentira, es el falso tesoro enterrado al que le clavamos las uñas sangrantes para distraer la mirada de esa inmensa población campesina que como parias son desterrados de su terruño, de esa multitud de jóvenes sin empleo y sin futuro, los miles de obreros para quienes cada día las condiciones laborales y el costo de vida son más inhumanos, y que llevan por dentro en el fondo de su corazón una guerra contra sus deseos de justicia y de venganza, están en una lucha interior por no tomar un fusil y asesinar a los que nítida-

mente en el horizonte se presentan como los autores de su degradación e indignidad, la ausencia de esa guerra interna en el corazón sería la verdadera paz.

Si es cierto lo que dice Estanislao Zuleta "Si alguien me objetara que el reconocimiento previo de los conflictos y las diferencias, de la inevitabilidad y su conveniencia, arriesgaría a paralizar en nosotros la decisión y el entusiasmo por una sociedad más justa, organizada y racional, yo le replicaría que una sociedad mejor es una sociedad capaz de tener conflictos. De reconocerlos y de contenerlos. De vivir no a pesar de ellos, sino productiva e inteligentemente en ellos. Que solo un pueblo escéptico sobre la fiesta de la guerra, maduro para el conflicto es un pueblo maduro para la paz", entonces nuestras guerras serían normales, pues al igual que en el matrimonio en donde existen los conflictos y estos son la vitamina que hace crecer a cada uno de los miembros de la pareja puesto que desencadenan la potencialidad de la vida de los sentimientos, en las sociedades debería ser igual pues solo los conflictos vividos por el amor y en el amor generan transformación de la agresividad destructiva en agresividad creativa, pues toda crisis es creadora si en el fondo hay vida y deseo de crecer, pero lo grave es que esas guerras no tienen en el fondo amor, y por tanto el único lugar de donde debe desaparecer la guerra es en el corazón, esa jamás debe existir, un corazón contrito y humillado no es el corazón de un verdadero humano. Los humanos y las sociedades somos caóticos, somos con-

flictivos, dialécticos, contradictorios; en últimas somos batalladores y guerreros, por eso pretender que no haya hostilidades es casi negar la condición vital del ser.

Entonces si aceptamos que para que el valor sea tal debe tener un sustrato en la realidad que pueda ser contrastado por el educando; en nuestra realidad efectivamente existe la guerra y la violencia que no debiera preocuparnos, según Zuleta, y en el corazón humano no existe algo con esa característica que permita señalarlo para el aprendizaje, por el contrario vemos el corazón endurecido de dirigentes que se niegan a reconocer al otro y le arrebatan el corazón para engullirlo en su poder y por tanto podemos concluir que no existe un valor llamado paz. A lo cual algunos dirán que es un valor por construir y entonces repondremos y desde que base construiremos, si el corazón de los colombianos está lleno de resentimiento.

Otro argumento es este: los valores se conforman como realidades

culturales, son opciones de vida escogidas por los grupos sociales y la nuestra es una cultura que niega la existencia del supuesto valor de la paz, no hay paz mientras haya hambre,

mientras haya desventajas e injusticias, mientras exista el despotismo de un estado que exige pero no da, mientras exista la mentira y la calumnia como forma de trato social. La nuestra es una cultura de la competición, del avasallamiento del otro y la única paz a la que puede llevar esta dinámica social es la de los parques cementerios.

Como el término paz debiera mencionar o evocar una sola realidad, pero en el trájín y el manoseo del término en los medios, hoy evocan experiencias diferentes, los verdugos de la paz han logrado que el fenómeno de la suplantación o vaciamiento de las palabras toque la palabra más ligada al corazón de Dios y del Hombre, ellos han hecho que las tres le-

tras evoquen miedo y silencio pues frente al autoritarismo del estado y de la economía, la negación de

*Si la verdadera paz no
habita en los acuerdos,
no se obtiene como una
limosna del poderoso que
infunde pavor con su
fusil o con su dinero; no
está en las palomas
blancas que los políticos
ponen en manos de los
niños mientras les quitan
el presupuesto de
educación para
convertirlo en armas; ni
tampoco está en las
banderas blancas, ni en
los moños verdes que
ayudan al viento a
espantar el humo de los
fusiles, de los cañones y
de los gases que
disuelven cualquier
manifestación o protesta
por los justos derechos,
entonces dónde está? de
dónde colgar la paz?*

los derechos, el despotismo lo único que cabe es el sometimiento, la obediencia ciega, la no protesta, la no contradicción y la condición de dialogante e interlocutor debe estar negada para que exista la falsa paz que se obliga a vender en las aulas. La paz en nuestro medio no ha pasado de ser un discurso distractor de un estado incapaz de proporcionar lo necesario para vivir y crear un principio fundamental de convivencia participante.

Tampoco es un valor mirando en esta perspectiva: la estructura ética del ser nos permite identificar tres esferas de regulación: la norma, el valor, el principio y este tema de la paz está más ligado a ese núcleo íntimo del SER, aquel espacio psicológico en el que él se encuentra solo, en la esfera del YO, donde nacen los fundamentos. La paz no es el producto de la norma, no es por decreto o por mandato que alcanzamos la paz, tampoco es un acuerdo o valor negociable en tratados, solo en la existencia individual en la posibilidad de SER como único, irrepetible y por tanto digno donde se avista la paz que da frutos en los

valores sociales y en las normas de convivencia, como quien dice la cosa es al revés de lo que hemos planteado, pues hasta ahora la hemos colgado de una acción gubernamental denominada proceso de paz y la hemos atribuido a un nuevo héroe que es el comisionado de la paz y le hemos delimitado un espacio geográfico. Mientras la guerra interna de cada hombre manifiesta en la zozobra por subsistir es el terreno más desértico para la paz.

Si la verdadera paz no habita en los acuerdos, no se obtiene como una limosna del poderoso que infunde pavor con su fusil o con su dinero; no está en las palomas blancas que los políticos ponen en manos de los niños mientras les quitan el presupuesto de educación para convertirlo en armas; ni tampoco está en las banderas blancas, ni en los moños verdes que ayudan al viento a espantar el humo de los fusiles,

de los cañones y de los gases que disuelven cualquier manifestación o protesta por los justos derechos, entonces dónde está? de dónde colgar la paz?

La paz es un estado mental que implica formación. Si estuviera ligada a los principios sería sinónimo de seguridad, la veríamos como aquel estado de ánimo o condición psíquica de serenidad que impregna a otros. La paz es ese sosiego interno producido por un ambiente sano y asegurador de calidad que no perturba sino que ayuda a concentrar en la naturaleza más honda del ser.

La paz debe formarse en el corazón

La paz se la ha de ubicar y ligarla de donde debe amarrarse: de los principios; estos no son más que aquellas razones o fundamentos profundos, las convicciones más hondas que justifican la acción, los presupuestos mentales.

La paz es un estado mental que implica formación. Si estuviera ligada a los principios sería sinónimo de seguridad, la veríamos como aquel estado de ánimo o condición psíquica de serenidad que impregna a otros. La paz es ese sosiego interno producido por un ambiente sano y asegurador de calidad que no perturba sino que ayuda a concentrar en la naturaleza más honda del ser.

EL ESPÍRITU. Es la cuna de la vida espiritual. Es una relación equilibrada en donde el sujeto recibe y da equitativamente. Y desde allí se empuja a descentrar la vida para ofrecerla a otros.

Estado que si es roto desde afuera por factores desequilibrantes desbaratan mi tranquilidad y originan los padres de todas las guerras: el **ODIO** Y EL **RESENTIMIENTO** y afectan a

los que me rodean. Un hombre sin paz es un hombre angustiado, perturbado, malgeniado, un hombre armado es un hombre perturbado alguien ha quien se le ha roto la posibilidad de esa paz, un anciano abandonado está perturbado, un niño a las puertas de la escuela cerrada está perturbado, un joven ante el futuro sin empleo e incierto, con la posibilidad negada de la paternidad o la maternidad, no tiene equilibrio emocional pues todas sus energías las invierte en equilibrar la paz que le pertenece pero que el medio le arrebató. Un hombre sin paz es un foco de revolución.

Un hombre en paz, verdaderamente en paz, se caracteriza por estar descentrado, por haber encontrado su motivo de vivir en el otro, le ve como su prójimo y lastimosamente al educar sin la paz en

el corazón lo hemos llevado a ver en el otro siempre un enemigo, otro que hay que destruir para ser.

A nuestros niños vamos a educarlos en un discurso diferente, en el discurso de la ética del rostro, en una búsqueda de los principios fundamentales que producen la paz:

Reconocimiento de la individualidad,
Dignidad de la vida como razón de la existencia,



Aceptación de la diferencia,

Amor misericordioso por el otro,

Lenguaje y diálogo como herramientas de humanización.

La paz como estado mental requiere de unas condiciones en el individuo que es necesario desarrollar, requiere de ambientes personales, familiares, sociales y culturales que confluyan y encausen al individuo para estar sereno y en paz.

El primer paso o compromiso de todos en la construcción de la paz de corazón es la dejación de las mentiras, ni siquiera de las armas lo primero que debemos hacer es hablar la verdad y esto implica no más discursos veintejuleros y shows sobre la paz, y después de tener el corazón abierto a esa posibilidad de la verdad vienen unos compromisos particulares.

Los comprometidos con la paz

El compromiso del INDIVIDUO. Ser agente de su propio desarrollo. Llevar la convicción de que nadie puede ser por él, nadie forma a nadie, el amor a sí mismo, el aprecio por sí mismo es el arma que le permitirá poner límite al desenfrenado deseo de los otros de desgarrarle su corazón y devorarlo. El hombre en paz es un hombre que tiene un horizonte de creación, que sabe para donde va, y a pesar de tener tormentas en su barco, en su corazón, está tranquilo y seguro pues camina con Dios, camina en la vida espiritual.

El compromiso de la FAMILIA está relacionada con hogar y éste viene de hoguera de amor, donde no hay amor se anida el odio el resentimiento. La familia. Para nadie es ajena la experiencia dolorosa de personas que no

han sido concebidas en el afecto y la ternura. A pesar del dolor y el sufrimiento debemos revestirnos de esperanza para transmitir a nuestros hijos no la hiel de la amargura y el desencanto sino la mirada de la posibilidad de la esperanza. Niños criados con amor materno, paterno y fraterno sobreviven todo.

El compromiso de la ESCUELA. Educar y formar para la autonomía, sujetos de alta valía, capaces de levantar su voz contra el opresor, y esto implica una escuela liberada del politiquero de turno, con prácticas educativas que no callan a los niños, que no les imponen saberes contruidos desde lo oficial, capaces de crear libertos y no esclavos que venden su conciencia por un mendrugo de pan. Sujetos convertidos en agentes de conciliación, tolerantes pero no estúpidos, forjados en el espíritu, alumnos que no tienen miedo al conflicto, agente de construcción y no de destrucción, beligerante que no necesita de otros para decir su mensaje, que aprende a luchar con las ideas y con las argumentaciones y no con las armas y con los puños. Una escuela

con la más humana formación religiosa, ética y moral pues solo en estos saberes habita la vida del espíritu.

Un sujeto crítico y participativo capaz de exigir sus derechos y el de los demás. Son muchos los medios: la desobediencia civil, la participación no violenta, como caminos para la instauración de las condiciones dignas de vida, que se deben enseñar en la escuela.

El compromiso de la ESCUELA. Educar y formar para la autonomía, sujetos de alta valía, capaces de levantar su voz contra el opresor.

El compromiso del ESTADO. Acción por la justicia. Capaz de asegurar que a cada uno le es devuelto multiplicado lo que aporta.

El compromiso del ESTADO. Acción por la justicia. Capaz de asegurar que a cada uno le es devuelto multiplicado lo que aporta. No tiene ningún sentido pagar impuestos, si con lo que pago puedo sobradamente satisfacer la necesidad por lo que pago. La máxima célula cancerosa que habita en el cuerpo del estado es la corrupción, y mientras ella viva el Estado será un paciente terminal. El compromiso del Estado está en asegurar para cada ciudadano las posibilidades de una vida digna,

y para ello, su preocupación fundamental debe ser el de gobernar para los nacionales y no para los intereses de las multinacionales ni los poderosos económicos.❖